

CAPÍTULO IX

INTERESES ECONÓMICOS. — UTILIDADES COMERCIALES

La cuestión económica es en nuestros días el principal de todos los problemas. Resulta por consiguiente eminentemente útil preguntarse: ¿los judíos son ó no una concurrencia perjudicial á nuestro comercio? ¿Inmovilizan los capitales? ¿Es necesario combatirlos bajo este aspecto? (PICARD, v. ant.)

He aquí las respuestas á las anteriores preguntas:

Es cierto que los judíos dedicados al comercio constituyen mayoría, principalmen-

te en los países, donde son perseguidos y en los que carecen de otros medios de existencia.

Servi nos proporciona en Italia, nación en que después de largo tiempo gozan de completa libertad, el censo siguiente (1861):

Agricultores.	0,7 0/00
Artesanos.	4 0/00
Propietarios.	5,6 0/00
Sacerdotes.	9,3 0/00
Profesiones liberales.	27,6 00/0
Empleos administrativos.	120 00/0
Domésticos.	16 00/0
Militares, etc.	13 00/0
Comercio é industria.	177 00/0

Adviértese en esta estadística el considerable predominio de comerciantes y empleados.

Ella, sin embargo, no da otras explicaciones: algunas investigaciones nos enseñan que el antiguo hebreo, aunque primero nómada y después esencialmente agricultor, revelaba ya una tendencia especial á la industria y el comercio. No podría explicarse de otra suerte, por qué todos los altos empleos financieros fueron confiados en Nínive y Babilonia á los hebreos, y cómo se han encontrado en el viejo léxico israelita numerosas etimologías que demuestran cuánto

abundaban entre ellos los usureros, áun antes del desenvolvimiento literario de su lengua.

La palabra *haval*, que quiere decir *usura*, significa también *tormento*, *género*, *dolor*, *ligadura* y *acreedor*.

Otro vocablo, *nava*, significa *usurero*, *nervio*, *engañar*, *prestar*. *Nava*, cuerda, *ligadura*.

Ravad, la acción de encorvarse.

Enavad, empeño, compra-venta, préstamo.

Nagas, *exigir el pago*, *hostigar*, lo que equivale ciertamente para el mismo objeto y sin duda por derivación al sencillo *nexus* latino.

Esto induce á creer que las leyes socialistas agrarias de que nos habla la Biblia, no debieron estar en vigor durante largo tiempo.

Los judíos tenían asociaciones de libreros en Jabés, y fábricas de *bysse* (tejidos de lino) en Bath-Ashbéa. Ya en tiempo de Alejandro, hallábanse establecidos en las plazas comerciales más importantes: Corinto, Antioquía, Creta; los judíos de Babilonia ocultaban en esta última sus tesoros en los períodos de revoluciones. (EWALD, *Dic. Alter*, *Die Kumer der V. Israel*, tomo IV, íd. II, 296, Got-

tinge, 1854). Confirmanos igualmente que esta aptitud comercial de los hebreos fué siempre una especialidad de su raza, su afinidad con los fenicios y cartagineses, con los que habían de común el lenguaje, y á los cuales se asociaron por su comercio en Gaza. (Jueces, V, II). Los fenicios conocieron antes que los egipcios el uso de la moneda y de las pesas, precisamente como los judíos europeos, el de las bancas. Los sidonios se distinguían por sus fábricas de telas y cristalería. La astucia púnica es bien conocida de todos. Nadie ignora los sencillos contratos de Jacob con Esaú y Laban.

Compréndese muy bien con tales precedentes, que los judíos se hayan en lo sucesivo consagrado totalmente al comercio, siendo durante muchos siglos los comerciantes más hábiles del mundo, y por ende los más aborrecidos; explicase asimismo que en aquella época en que no existían aún las bancas, esos formidables instrumentos de usura y engaño, fuesen los principales usureros, aportando al comercio ese insaciable espíritu de avaricia y maulería que ha adquirido entre ellos, por el continuo hábito, enormes proporciones.

He aquí la consecuencia necesaria de un

oficio prolongado durante tantos siglos. Como toda profesión manual que causa á la larga una deformación especial é implica en sí misma tantos perjuicios como ventajas, esta profesión de la industria y del oro que ha realizado la beneficiosa obra de transformar la época feudal y teocrática en una era burguesa y comercial, no está exenta de numerosos daños.

Mas no hemos de reeriminar ahora el judío, sino su oficio, y con mayor justicia el fruto de este oficio, el capitalismo, que después de haber cambiado y beneficiado la sociedad bárbara, ha degenerado á su vez, tendiendo hoy á arruinarla.

Si los judíos toman en muchas regiones de Europa parte muy activa é influyente en la atrozmente brutal dominación del capitalismo, el día en que los oprimidos del cuarto estado arrojen por tierra la burguesía, ellos perecerán entre sus ruinas. No es sin embargo la cuestión semítica la única que en este extremo se ofrece á nuestro estudio: es además la gran cuestión social que se presenta con tal motivo en la palestra, el problema de las categorías y los rangos, no de las razas, mucho más amenazador para la época futura que para los tiempos actuales.

Sería injusto callar que los judíos no tuvieron siempre la primacía absoluta entre los especuladores y defraudadores del capital. Las infamias de Shilok palidecerían aún en nuestros días mismos ante las de la banca Bontoux, del Panamá, de la banca popular de Turín, de la Banca Romana, infamias defendidas, encubiertas y hasta frecuentemente maquinadas por los hombres políticos, por los periodistas más eminentes, ¡no todos judíos, desgraciadamente! (excepto Susani, Arton, Herz, Reinach, etc.) ¡Todo esto, gracias al sistema parlamentario, á los códigos comerciales, que pudiera decirse que han sido concebidos expresamente para burlar y arruinar las masas, parapetándose detrás de la inmunidad de los diputados y culpando de todas las responsabilidades á la colectividad; todo esto, gracias á los consejos de banqueros más débiles y sugestionables que tiernos parvulillos; todo esto, en fin, gracias á las leyes de prensa dictadas para castigar á los que denuncian los delitos, mejor que á quienes los cometen, de tal suerte que á no ser por ciertos generosos tribunos, todos estarían todavía impunes, constituyendo una eterna amenaza para las gentes honradas!

No eran judíos aquellos industriales millonarios que, en América, llegaron hasta armar verdaderos filibusteros legales contra sus obreros, cercando sus fábricas de acorazadas murallas, de minas y de cañones.

Los judíos contribuyeron á realizar la utopía sansimoniana; ellos se mostraron los más decididos aliados de la burguesía: trabajando por ella laboraban para sí propios; así en toda Europa, se les vió en los primeros puestos del movimiento liberal, que desde 1815 á 1848 ha establecido la dominación del capitalismo burgués.

Moses Ibess, Gabriel Riesser, Heine y Borne en Alemania, Fingi, Jellinnek en Austria, Lubliner en Polonia, combatieron en 1848 los primeros por la libertad.

Si han intervenido después en las exacciones del capitalismo, discúlpales de ello haber sido los padres, según todas las probabilidades, los iniciadores de la revolución contra el capital, con Marx, Loria y Lasalle; esto sin contar el número considerable de adeptos que han proporcionado al socialismo de todos los países (1).

(1) En Italia, Trèves, G. Levi, Torre, Monvigliano, etcétera; en Austria, además de Exdter, Lieberman y Cohen, puede citarse á Neumayer; Fribourg, uno de los

Consideremos finalmente que, merced á esos instintos, heredados probablemente de los fenicios, á su poca fe en la vida futura, á su escaso gusto para las artes plásticas y sobre todo á las necesidades históricas impuestas por las persecuciones, ellos precedieron, acaso desde hace muchos siglos, á la fase moderna. Los judíos echaron las bases del tercer Estado que constituye un gran paso sobre la teocracia y el estado militar, así como los líquens y musgos más insignificantes, que forman un abono de donde brotan las plantas superiores.

Los judíos representan todavía hoy en aquellos países como Rusia, donde predominan los empleados, los nobles y los agricul-

directores de la Federación Parisién de la Internacional, de la que formaron parte también Loeb, Haltmayer, Lázaro y Armando Levi; León Fransck; Ph. Coenen (o Fribourg: *L'association internationale des travailleurs*, París, 1891); Dobrojanu Ghérea en Rumania; Gompers, Kahn y de Lion en los Estados Unidos de América. Los rusos, apenas librados del *ghetto*, tomaron parte en la agitación nihilista; algunos—entre ellos había también mujeres—sacrificaron sus vidas por la causa emancipadora, debiendo colocarse junto á esos médicos y abogados israelitas, la masa considerable de artesanos refugiados, que han fundado después en Londres y New-York, importantes asociaciones obreras, verdaderos centros de propaganda socialista.

tores, la base de la burguesía mercantil: queriendo suprimirlos por medio de persecuciones, no solamente se aporta (en contradicción con lo que piensan los bárbaros que dirigen tales pueblos) una ventaja á la población, sino que se sofocan los gérmenes del comercio y la industria. Es lo que podríamos llamar, según ha observado admirablemente un ilustre genio ruso, el Maquiavelismo de nuestros tiempos. (Novicov, *La lutte des races*).

«La expulsión de los judíos es una falta absoluta de gobierno; véanse sino en estos mismos momentos los tristes resultados en Rusia. En la provincia de Orel, por ejemplo, el precio del cáñamo ha bajado á consecuencia de la emigración de negociantes israelitas que sabían correrlo; podrían citarse otros muchos casos. La falta de seguridad para las personas es la causa de la paralización general de los negocios. Hoy, los israelitas en Rusia no se atreven á emprender nada y los comerciantes están arruinados».

En 1881, tienen lugar (escribe Chmerkiné, (1), p. 3) los sangrientos tumultos antisemitas; en 1882, aparecen las restricciones

(1) *Les conséquences de l'antisémitisme.*

impuestas á los judíos; después de 1882, Rusia presenta todos los síntomas de una gravísima catástrofe económica: el consumo de géneros, aun de los de primera necesidad (bebidas, azúcar), ha descendido de un modo alarmante. Igualmente ha disminuído la fabricación productora y la superficie de tierras sembradas de cereales; la expulsión de los judíos es por consiguiente una de las causas de la espantosa hambre de 1871; así en Vinitza, antiguo centro judío, un pan de centeno se vendía de 80 á 85 kopecks; en Kherson y Raison, de donde han sido expulsados más recientemente, alcanzaba de 120 á 132 kopecks.

Los competidores locales, desembarazados de los judíos, comenzaron á explotar el pueblo. Muchos distritos demandaron del gobierno, por medio de instancias, la vuelta de los judíos para evitar el hambre (Chmerkine).

No han faltado quienes sostuviesen que tales procedimientos eran necesarios en Rusia y Rumania, porque los judíos de estas naciones repugnan toda civilización. Ahora bien, los judíos que han producido á Spinoza, Maimonides y Mendelssohn, no eran diferentes del judío ruso moderno.

Ellos constituían, absolutamente igual que

los judíos rusos más viles, por su lenguaje, sus costumbres y su desaseo, un objeto de repulsión en todos los países donde hubieron de prosperar.

Una de las pruebas de la fácil transformación del judío ruso, de la cual nos hemos ocupado anteriormente, se encuentra en lo que sucede en la actualidad en América. Los primeros de estos judíos, hijos de mendigos y vagabundos, que desembarcaron en Londres y en América, no vivían al principio más que de la mendicidad, permaneciendo inactivos durante los primeros meses. Mas, algunos estudiantes arrojados allí por las últimas persecuciones rusas, vinieron en su ayuda, organizándose maravillosamente, creando nuevas industrias, no competidoras ni en concurrencia con las industrias predominantes del país, por ejemplo, la de las capas de pieles; instituyeron también inmediatamente círculos, escuelas, sociedades cooperativas, aunque la *New-York Herald* (triste es para nosotros decirlo) atestigua una enorme diferencia entre ellos y los italianos establecidos desde hace largos años, tan divididos, tan aislados, tan indignamente humillados por sus propios compatriotas, hasta el extremo de hacer una ridi-

cula figura en «se país donde la estimación se obtiene solamente por el éxito y el dinero.

La influencia beneficiosa, «industrializadora» del judío, resalta claramente en la Edad Media, á despecho de las exageradas supersticiones del pueblo y de los amaños clericales, que excitaban á la degollación y á la prisión de los israelitas; los gobernantes de aquella época desafiaban las iras de las muchedumbres y del clero, por volverlos á llamar y retenerlos entre sí, porque de otra suerte veíanse imposibilitados de atender á las necesidades del comercio, acreciendo por el contrario considerablemente la usura.

Egica, rey visigodo de España, uno de sus más crueles perseguidores, que los desterró de sus Estados, reservó para ellos la Septimania «con el fin—son sus palabras—de reparar los desastres sufridos por esta provincia y para que los judíos pudiesen restaurar la hacienda pública, bien por los tributos que pagaban al fisco, bien con su actividad y su industria (1).

Luis III y Felipe el Atrevido, escribían en sus cartas de admisión de los judíos en sus territorios, que no se les ocurrían otros me-

(1) D'AGUIR, *Concil. hisp.*, t. II, p. 752.

dios de restablecer sus erarios arruinados que hacer un llamamiento á los que eran los más aptos para hacer prosperar el comercio y circular el dinero (1).

El papa Pío V, uno de los pocos Pontífices que han perseguido á los judíos, declara en sus bulas, que mantenía los israelitas en Anconia, *para no destruir el comercio con el Oriente.*

Manuel Philibert, restaurador de la dinastía de Saboya, concediendo á los judíos, casi por aquella misma época en un decreto expedido en 1572, el derecho de establecerse en sus dominios, afirma expresamente haberlo hecho movido «por el bien de nuestros súbditos y los intereses del país» (2).

«En aquellos tiempos, escribe Röscher, en que el gran número de portazgos y la tiranía de los señores feudales hacían imposible toda especulación que no fuese la de los insignificantes comerciantes de las villas populosas y de las ciudades, los judíos más atrevidos y revoltosos, volvían sus miradas hacia más vastas especulaciones, laborando en silencio para aproximar los continentes y unir los

(1) *Reflexions d'un Milord*, p. 52.

(2) GUIDELTI, *Pro Judais*, 1884.

reinos. Evitaban para ello los obstáculos y barreras, ocultando cuidadosamente, bajo una apariencia miserable, su efectiva riqueza y el secreto de sus transacciones. Propinanse el comercio en grande escala y facilitaban á los consumidores mejor acomodados, los casi desconocidos productos de países remotos. Habían adquirido á fuerza de vagar de país en país un conocimiento exacto de las necesidades y de todos los caprichos comerciales; sabían dónde se debía comprar y dónde se podía vender; bastábanles algunas muestras y un catálogo de notas para realizar sus operaciones mercantiles más importantes. Correspondíanse mutuamente bajo la fe de obligaciones que sus intereses les obligaban á respetar, rodeados, según estaban de enemigos de todas condiciones. El comercio ha perdido el carácter de las ingeniosas maquinaciones, que resultaron de sus esfuerzos: esto se debe sin embargo á los rápidos progresos, cuyo brillante episodio, én medio de la profunda ignorancia de las tinieblas feudales, nos ha enseñado magistralmente la historia.»

Los judíos inventaron, en opinión de Röschner, la letra de cambio, tan útil ciertamente para la burguesía, como la pólvora á la arti-

llería y la imprenta. La creación de los Bancos y Montes de Piedad es en efecto obra de los judíos. Amalfí, Venecia y Génova débelen el acrecentamiento de sus tráficos.

Notemos por último que en aquéllos países, como Italia y Holanda, que no persiguen al judío, este puede desenvolverse en todas direcciones, mostrando entusiasmo por los asuntos nacionales y dedicándose á la política, la enseñanza y la armada. Conforme él se ocupa en todas esas profesiones que no pueden perjudicar á una nación, abandona en gran parte el comercio; el usurero principalmente se aparta del tráfico del oro que le hace tan odioso; ¡fenómeno digno de mención! él tiende entonces á empobrecerse.

Solamente los verdaderos Shiloch, los judíos antiguos puros, lloran la pérdida de sus vetustos *ghetti*, donde acumulaban las riquezas: échanles de menos hoy, que los hijos de Israel abandonan las ganancias materiales por las ideas.

No dudamos, por todas las anteriores razones, que si el antisemitismo triunfa, alcanzará un resultado absolutamente opuesto al que se propone: aumentará más la riqueza y la unión de los judíos. El antisemi-

tismo evitará todo esto, cosa imposible actualmente en Europa, excepto acaso en Rusia, llegando á destruirles completamente; en efecto, perseguirles, cerrarles todos los caminos, es justamente refinar su espíritu mercantil, impulsarles más y más á la observancia de esos ritos ridículos de los que deslíganse poco á poco, entrando en las corrientes del progreso moderno.

Nosotros creemos que el antisemitismo no puede perdurar y que el judío ha de desaparecer antes de cinco ó seis siglos, no dejando otros rastros de sí que un reducido número de ortodoxos en ciertos países bárbaros y alejados. El judío libre, substraído á códigos excepcionales (escribe B. Lázaro) y al talmudismo ankylosan, es un elemento absorto, estando muy lejos de ser un elemento absorbente. «En ciertos países, como los Estados Unidos, la distinción entre judíos y cristianos borraré rápidamente; así continuará verificándose de día en día.» (1) Nowikow cree, en la hermosa obra citada anteriormente, «que la fusión entre rusos y judíos, conforme se ha visto en 1868 bajo un régimen más liberal, sería muy fácil, si no

(1) H. GEORGES, «Progrés et pauvreté» Paris, 1887.

fuera estorbada por leyes arbitrarias. Nosotros vemos hoy, en consonancia con esto, á Budapest, ciudad trasformada y modernizada por el capital semita, que además la industrializa en su distrito, mejorando en todo el centro que estará en breve tiempo más embellecido que Viena, la capital rival. La perla de Hungría es, á pesar de todas esas transformaciones más maggiar que nunca y celosa de su origen húngaro.